

fuerte ó morir intentándolo, y sólo lo último lograron en la noche del 19 de Agosto, pues sentidos por los realistas por imprudencia de los niños y mujeres, cargaron sobre los fugitivos haciendo en ellos una atroz y bárbara matanza. D. Pedro Moreno escapó casi por milagro. Liñan hizo fusilar á los heridos y moribundos y á doscientos prisioneros.

Tomado el fuerte del Sombrero, Liñan se dirigió á sitiar el de los Remedios, en el cerro de San Gregorio.

Fortificada muy bien aquella posición por el Padre Torres, Mina se trasladó á él y pretendió en vano combinar un plan con dicho jefe, que envidioso de la gloria de Mina, fué el primero en propalar que las intenciones del caudillo navarro eran, no las de procurar la independencia de México, sino las de reunir dineros y elementos para combatir en España á Fernando VII.

Obtuvo sin embargo que le fuesen facilitadas algunas fuerzas, pues sus valientes camaradas habían casi todos perecido en el Sombrero, y con ellas se lanzó á acometer una serie de acciones de valor extraordinario, tales como la toma de la hacienda del Bizcocho, que incendió en venganza de sus amigos fusilados, el asalto reñidísimo de San Luis de la Paz, y la sorpresa frustrada de San Miguel el Grande.

Después de esto y con el fin de llamar la atención de las tropas de Liñan, reunido en el llano de Silao con Don Pedro Moreno, y huyendo la persecución de las tropas de Andrade y Orrantía, se nos metió casi sin ser visto en las calles de Guanajuato cuando ya le creíamos impotente para ello, pues algunos días antes Orrantía había dispersado su gente en la hacienda de la Caja.

La entrada de Mina en Guanajuato se verificó á las dos de la mañana del 25 de Octubre, sin que hubiese sido visto ni sentido por nadie.

Al llegar á la calle de los Pocitos, Mina se encontró con una ronda mandada por el español Don Manuel Baranda, quien dió la voz de alarma que bastó para que el comandante de la guarnición Don Antonio Linares se pusiera en estado de defensa, situando en la plaza un cañón con el que recibió á metrallazos á Mina, que avanzando por la calle del Ensaye llegó hasta el puente Nuevo; pero sus gútas huyeron y dejéronle en deplorable situación, pues no conociendo la ciudad, nada pudo hacer: la mayoría de las tropas insurgentes se desbandó, y el resto se negó á obedecerle, porque en un momento de disculpable enojo dijo á los oficiales que vista su cobardía eran indignos de que un hombre de honor abrazara su causa.

Mina con sólo cuarenta infantes y veinte caballos llegó en la mañana del 26 al rancho del Ve-

nadito, anexo á la hacienda de la Tlachiquera donde le recibió el propietario y amigo suyo Don Mariano Herrera, á quien los realistas habian causado enormes perjuicios incendiándole la casa y oficinas de la Tlachiquera.

A la hora en que esta carta te escribo, corre aquí la noticia de que Mina ha sido aprehendido por Orrantia, pero nada de cierto he podido averiguar pues se guarda el mayor secreto, á causa, segun dicen, de que se teme que si dan pormenores de la prision de Mina, los insurgentes hagan un último esfuerzo para salvarle de la suerte que se le espera.

Como puedes estimarlo tú mismo, este cúmulo de contratiempos es lo único que me obliga á permanecer aquí, pues segun el último reconocimiento de un perito competente, mi supuesta mina no tiene importancia de ninguna especie ni ofrece veta como en los primeros instantes supusimos.

Mi desencanto me ha hecho malbaratar mis bienes, y no pasarán quince dias sin que tenga el gusto de darte un abrazo tu amante primo que mucho te quiere.—*Carlos Gayangos.*»

IX

Completemos las noticias de la carta anterior.

A las siete y media de la noche del 30 de Octubre sorprendió á los pacíficos habitantes de la capital de la Nueva-España un ruidoso repique de las sonoras campanas de la Catedral, contestado por el estrépito de los cañones de Palacio que hacian salva en la plaza, entre los vítores de la multitud.

Acababa de recibirse la noticia de la prision de Mina, por parte de Pesquera, comandante de Irapuato.

En el teatro, la animacion y la alegría fueron tan extraordinarias, que un concurrente improvisó la letra de una marcha que fué cantada por las cómicas entre nutrida salva de aplausos.

Segun las noticias que circulaban en los corri-

llos, un tal CHAGOYA, cuyo nombre debe ser conocido para ser por todos despreciado, dueño de un rancho próximo al del Venadito, supo que en éste se hospedaba Mina, y le denunció á Don Mariano Reinoso, comandante de Silao.

Reinoso lo avisó á Orrantia, quien al amanecer del dia 27 hizo avanzar al galope sobre el rancho con ciento veinte dragones de Frontera al teniente coronel Don José María Novoa.

El valiente Don Pedro Moreno quedó muerto en el primer instante, y Mina fué hecho prisionero por el dragon José Miguel Cervantes.

Presentado á Orrantia, este indigno gefe maltrató al ilustre prisionero llamándole traidor á su rey y á su patria y dándole de golpes con la espada, lo que hizo exclamar á Mina con sublime indignacion.

—“Siento haber caido prisionero: pero este infortunio, me es mucho mas amargo, por estar en manos de un hombre que no respeta el nombre español, ni el carácter de soldado.”

Orrantia no se conmovió con este reproche, y ántes bien, uniendo la burla al insulto, llevó en triunfo á Mina á Silao, haciéndole preceder por un soldado, que á guisa de estandarte llevaba clada en una pica la cabeza de don Pedro Moreno.

Puesto en prision, como si no hubiera debido fiarse de un militar como él, ni de las numerosas

guardias que le custodiaban, Orrantia mandó que se le pusiesen grillos en los piés, lo que hizo exclamar á Mina:

—“Bárbara costumbre española: ninguna otra nacion usa ya este género de prisiones; más horror me dá verlas que cargarlas.”

Al recibirse del preso el mariscal Liñan, en su campo de batalla frente á los Remedios, hizo que se le quitasen los grillos y le trató de un modo muy distinto y mucho mas decoroso.

Tuvieron en ello mucha parte los oficiales españoles que con Liñan habian llegado á Nueva España, ya porque muchos eran amigos y conocidos de Mina, ya porque todos ellos estaban filiados como él, en distintas lógiás de la masonería española.

No pudieron, no obstante, ni aun tener esperanzas de salvarle la vida.

Al preguntársele á Apodaca, qué se hacia con el preso, el virey contestó:

—Qué ménos se puede hacer con un traidor, que fusilarle por la espalda?

El coronel español don Juan Horbeago, mayor general del ejército sitiador de los Remedios, levantó una lijera informacion, cuyo único objeto fué obligar á Mina á descubrir los nombres de las personas con quienes se hubiese hallado en

relacion, y los medios y recursos de que pudieran disponer los insurgentes.

Mina se negó obstinada y heroicamente á hacer relacion alguna, ni comprometer á nadie, y respondió:

—No he tenido ni tengo mas cómplices que mi amor á la libertad, mi odio á la tiranía, y mi valor personal: las mismas balas que hayan de matarme, matarán á los tres conmigo.

Preguntado si habia dejado á álguien sus instrucciones para seguir la campaña, segun determinados planes, contestó con entereza.

—Sí las he dejado.

—Cuál es su nombre?

Y el héroe contestó con digno y noble orgullo.

—El ejemplo de mi conducta que espero habrá de seguir quien se crea digno de ello.

EL MÁRTES 11 DE NOVIEMBRE DE 1817 á las cuatro de la tarde una escolta de cazadores del regimiento de Zaragoza condujo á don Francisco Javier de Mina, al lugar designado para la ejecucion, que lo fué el crestón del cerro del Bellaco: á su lado marchaba el capellan del mismo rejimiento don Lúcas Sainz, encargado de acompañarle en sus últimos momentos: ante él manifestó que moria en el seno de la religion católica, encomendándose á las oraciones de sus fieles.

Un momento despues, Don Javier Mina moria fusilado por la espalda como un traidor.

Su heroica y breve campaña duró seis meses y veintisiete dias, desde el 15 de Abril al 11 de Noviembre de 1817.

Contaba al morir veintinueve años de edad.

Mina no fué bien comprendido ni mucho ménos secundado por los gefes insurgentes que en la época de su llegada al pais procuraban mantener calientes las cenizas de la grande obra iniciada por Hidalgo y llevada al apogeo por el inmortal Don José María Morelos.

Desde que se tuvo noticia de su expedicion, diéronse en circular los mayores absurdos, ya por aquellos que no tenian fé en la nobleza de los propósitos del insurgente español, ya por los envidiosos y mal intencionados, incapaces é indignos de una honrosa emulacion.

El mismo Don Carlos María Bustamante, que en sus diversas obras vistió con ropaje de héroes á simples bandidos y salteadores de caminos, si bien no pudo sustraerse á la admiracion de los hechos del jóven navarro, dijo en uno de sus escritos:

«No era Mina el destinado para hacer la ventura de la América; su venida traia por objeto robarse sus riquezas y hacer que por medio de ellas

se fomentase la revolucion en España, y venciese el partido liberal.»

No puede darse insulto mas grosero que el contenido en las anteriores líneas; bien es verdad que no fué mas justo con el insigne é incomparable Morelos el atraviario escritor, para el cual sólo hubo en la guerra de independecia un hombre digno de ser por él admirado, el Lic. Don Ignacio López Rayon, cuyo nombre el Congreso Mexicano no juzgó merecedor de ser escrito con letras de oro en su salon de sesiones como habíanlo sido los de los demas caudillos insurgentes, lo cual hizo exclamar y escribir á Bustamante:

«¡Y querrá el Congreso tener buenos servidores y héroes cuando así corresponde á los servicios de un hombre tan benemérito! ¡Vah!...

Pero la opinion de Bustamante acerca de Mina no lo fué afortunadamente mas que suya, y el nombre del héroe navarro fué inscrito en los ambicionados libros de oro, allí mismo donde no se quiso inscribir el de Rayon.

Los hombres de la talla de Mina se hacen justicia, y se abren las puertas del templo de la gloria por sí mismos.

Al inscribirle Mévico en el catálogo de sus hijos predilectos, honró al héroe navarro y se honró à sí mismo, pues nada honra tanto á los pue-

blos como no mostrarse sordos á la voz de la gratitud.

En cuanto á las intenciones y propósitos de Mina, sus hechos y su muerte son su mejor justificacion.

Pero si no obstante estos, aun se buscasen otras pruebas que la apoyen, ahí están sus valiosas proclamas, con orgullo conservadas por la historia nacional.

La que expidió en Galveston el 22 de Febrero de 1817, es de tal naturaleza importante y explicita á este respecto, que bien podríamos trasladarla íntegra á estas páginas, sin temor de cansar á sus lectores, si el espacio me lo permitiera.

No me lo permite, y debo limitarme à reproducir los párrafos que hacen al caso.

Describe á grandes rasgos su propia historia que es la del mas entusiasta amor á la libertad, y al referir su regreso á España desde las prisiones francesas, dice:

«¡Cual fué mi sorpresa al ver el nuevo orden de cosas! Los satélites del tirano sólo se ocupaban en acabar de destruir la obra de tantos sudores; ya no se pensaba sino en la subyugacion de las provincias de Ultramar, y el ministro Don Manuel de Lardizábal, equivocando los sentimentitos de mi corazon me propuso el mando de una divi-

sion contra México, como si la causa que defienden los americanos fuese distinta de la que había exaltado la gloria del pueblo español; como si mis principios se asemejaran á los serviles y egoistas que para oprobio nuestro mandan á pillar y á desolar la América, como si fuese nuevo el derecho que tiene el oprimido para resistir al opresor, y como si estuviese calculado para verdugo de un pueblo inocente, quien sentia todo el peso de las cadenas que abrumaban á mis conciudadanos.»

Esta proclama ó manifiesto concluia con las siguientes nobles palabras;

«Permitidme, amigos americanos, permitidme participar de vuestras gloriosas tareas, aceptad la cooperacion de mis pequeños esfuerzos en favor de vuestra noble empresa, contadme entre vuestros compatriotas. Ojalá que yo pudiese merecer este título, haciendo que vuestra libertad se enseñorease, ó sacrificando por ella mi existencia. Entonces decid á lo ménos á vuestros hijos en recompensa: esta tierra feliz fué dos veces inundada en sangre por españoles serviles y esclavos abyectos de un rey; pero hubo tambien españoles amigos de la libertad que sacrificaron su reposo y su vida por nuestro bien.»

El día 12 de Abril, Mina dirijiò otra proclama á los soldados expedicionarios, diciéndoles entre otras cosas no ménos nobles y elevadas:

«Al pisar el suelo mexicano, no vamos á conquistar sino á auxiliar á los ilustres defensores de los mas sagrados derechos del hombre en sociedad. Os recomiendo el respeto á la religion, á las personas y á la propiedad.»

En su proclama á los soldados españoles y americanos firmada en Soto la Marina, despues de formular un exacto y severo juicio del sistema tiránico y opresor de Fernando VII, les dice: «ayudando á sus agentes en el Nuevo Mundo os degradais hasta constituirs verdugos de un pueblo inocente, víctima de la mayor crueldad por los mismos principios que los que distinguieron al pueblo español en su mas gloriosa época..... El suelo precioso que poseeis no debe ser el patrimonio del despotismo y la rapacidad; si perdeis estas miras, contrariais á las de la Providencia, que os proporciona la mejor coyuntura para cambiar vuestra abyeccion y miseria.»

Mina fué combatido y fusilado por Apodaca, como traidor á su patria y á su rey; esta especie la desvanece enteramente el suceso que paso á referir.

En una solemne ocasion, cuando se le proponia armar buques de corso para arruinar el comercio español en América, el héroe contestó:

«Creeis que Javier Mina viene á despojar á sus compatriotas? ¡No! Yo hago la guerra á los tira-

nos, no á los hombres; yo combato contra el gobierno despótico, no contra los españoles.»

Mina, dice un historiador, al sacar la espada en defensa de la independencia de México, abrazaba una causa fundada en los mismos principios que lo habian movido á emprender las revoluciones de Navarra. Si hubiera querido gozar del favor de la corte, el poder y los empleos estaban á su disposicion; pero le estorbaban su carácter y sus principios. Creia como nuestros filósofos ilustres y como los mas sabios españoles que los tesoros del nuevo mundo habian ejercido un funesto influjo en la prosperidad y en la gloria de España; por consiguiente, no se le puede acusar de haber obrado contra su país. Tampoco era de su obligacion prestar obediencia á Fernando á quien miraba como enemigo público. No se unió con los enemigos de su patria como Coriolano, ni se vendió á una corte extranjera como Eugenio. Frustrada su esperanza de restablecer la libertad en España, consagró su brazo á la defensa de la libertad en América.»

Otro de sus biógrafos dice:

«Mina en su corta carrera, pues bajó á la tumba á los veintiocho años, supo sacrificar sus preocupaciones en aras de su razon, supo disputar inmortales laureles á la victoria; hacer morder el polvo á las huestes vencedoras de Napoleon I y á

los tiranos de Nueva España: arrostrar con nobleza el infortunio, hacer brillante su auróla de desterrado, combatir por la libertad del género humano, y conquistar la gratitud de un pueblo libre. No en vano nuestra patria le ha colocado en el altar destinado á sus libertadores, y le ha erigido un público testimonio de gratitud nacional.»

«Como hombre, amaba tanto los principios de caridad y de justicia, que estando ya prisionero y cercano su fin, el último dia de su vida, llamó á un jóven oficial de la guardia que lo custodiaba, y lo inició en los secretos de la masonería escocesa, para *hacer con ello un último servicio á México*, segun sus propias palabras.»

Bustamante el procaz y preocupado historiador no pudo por ménos de hacerle justicia en el siguiente retrato que hace de Mina.

«Habia nacido con las mejores disposiciones para la carrera militar. Poseia el valor en alto grado. Era sereno, activo, frugal, infatigable y desinteresado. Sufria con gusto y como el último soldado las mayores privaciones de la campaña. Hacíase amar de la tropa por el bello realce de su educacion y finura, que mostraba aun en las acciones mas indiferentes. En su semblante se notaba superioridad, y aquella fuerza secreta é irresistible que la sábia naturaleza pone en las palabras y en el gesto de los que destina para

mandar, caracterizándolos de génius superiores. Su estatura era de cinco piés y siete pulgadas: no corpulento pero sí bien formado. Sus reliquias están depositadas en una bóveda sepulcral, en la capital de México, bajo el altar de los Reyes en la Catedral, junto con las de Hidalgo, Allende, Morelos, Matamoros y otros varios gefes de venerable memoria para los mexicanos. »

X.

En el mismo dia y casi á la misma hora en que Mina ganaba la sorprendente accion de Peotillos, descrita en su lugar respectivo, el fuerte del Soto la Marina se rendía despues de una heróica resistencia á las tropas realistas.

Dije tambien á su tiempo que aquel fuerte fué construido por disposicion de Mina, con objeto de poner en él en seguridad los uniformes, armas y pertrechos que en mucha cantidad habia traído á bordo del Neptuno.

Dirigió la construccion del fuerte el ingeniero Rignal, y el mismo Mina trabajó en las obras como un operario cualquiera, á fin de dar á sus soldados el ejemplo en todo.

Levantade el fuerte, depositados en él los pertrechos y montados los cañones que debian servir á su defensa encomendada en jefe al mayor

Don José Sardá, catalan de nacimiento, Mina se internó en el país, como dejamos dicho, quedando de guarnición en el fuerte ciento trece hombres.

El mayor Sardá, noticioso de que el comandante general Arredondo se dirigía á atacarle al frente de un ejército compuesto de dos mil hombres y diez y siete cañones, comprendió que iba á ser preciso sostener un sitio prolongado, y careciendo de bastimentos para alimentar sus tropas, dió la comision de procurárselos al capitán Andreas, quien salió á cumplir su encargo al mando de una partida de paisanos armados.

Regresaba al fuerte con su partida y veintitres mulas cargadas de trigo y otros bastimentos, cuando fué atacado por fuerzas realistas superiores en número; en la accion quedaron muertos todos los insurgentes ménos tres, que quedaron prisioneros: dos de estos fueron fusilados sobre el campo de batalla, y el tercero que era Andreas, pudo salvarse alegando que se habia batido en España contra los franceses y ofreciendo servir entre los realistas y contra sus camaradas. Cumplió su oferta instruyendo á Arredondo acerca de los elementos y recursos de Sardá, é induciéndolo á la desercion al ingeniero Lasala y al capitán Metternich, que traidoramente se fugaron del fuerte.

Sardá contaba con pocos hombres; pero tenien-

do gran número de fusiles, hizo cargarlos todos y los apiló cerca de las troneras, á fin de que sus soldados pudiesen con este recurso hacer un fuego nutrido é incesante; cargó tambien á metralla los cañones y llenó un óbus con novecientas balas de fusil.

El 11 de Junio, Arredondo rompió el fuego sobre el fuerte, que habia sido cercado la víspera, estableciendo una batería en la orilla izquierda del rio, con el fin de impedir á los sitiados la toma del agua. Esta medida fué fatal para la gente de Sardá, porque el calor era excesivo y la sed la atormentaba horriblemente. Apenas algun hombre salia del fuerte y se aproximaba á la orilla, los cañones del ejército real le obligaban á retirarse: si alguno insistia en avanzar instigado por su rabiosa sed, ó era muerto ántes de llegar al agua, ó si llegaba, en ella se hundia su cadáver.

Sardá enfiló uno de sus cañones sobre la batería enemiga, y protegida por sus disparos, una sola persona se arriesgó á llegar al rio y sacar de él varios viajes de agua: esa persona fué una pobre mujer mexicana, cuyo nombre no se ha conservado, con notoria ingratitud á su heroica y generosa accion.

El día 15, Arredondo, juzgando debilitado al enemigo, avanzó hácia el fuerte al grito de "¡viva el rey!" pero Sardá contestó con los de "¡viva la

libertad! viva Mina! y tan nutrido, certero y bien sostenido fuego hizo sobre los realistas, que estos, despues de várias horas de combate, hubieron de desistir y retirarse con graves pérdidas.

No habian sido ménos graves, en consideracion á la escasez de su número, las de los defensores. Los diez y siete cañones realistas habian desmontado tres de las cuatro piezas insurgentes, y abierto enormes brechas en el fuerte, cuya construccion era por demas reciente.

Arredondo, que todo esto habia notado, intimó la rendicion á Sardá: éste reunió á todos sus oficiales, les notició el paso dado por el jefe realista, les preguntò su opinion, y todos ellos cruzando solemnemente sus espadas juraron vencer ó morir. Su gefe contestó á Arredondo que estaba resuelto á volar el fuerte con todos sus repuestos de pólvora y municiones, ántes que rendirse.

Renovado por dos veces mas el ataque, los realistas fueron dos veces mas rechazados, y de tal terror se sintieron poseidos, que á la cuarta vez se negaron á avanzar, y muchos se desbandaron y pusieron en fuga.

Arredondo propuso entónces á Sardá una honrosa capitulacion, enviándole por escrito las bases de ella, comprometiendo su palabra de honor de que seria cumplida.

Sardá la aceptó, y aquella misma tarde la guar-

nicion del fuerte salió de él con todos los honores de la guerra.

¡Esta guarnicion estaba compuesta de TREINTA Y SIETE hombres!

Estos eran los que quedaban de los CIENTO VEINTE que la formaban al principio!!.....

Tal era toda la gente de Don Javier Mina.

Cuenta un historiador que viendo Arredondo tan escaso número, se volvió á Sardá, y le preguntó:

—“¿Es esta toda la guarnicion?”

—“Toda,”—contestò Sardá.

Entónces Arredondo, volviéndose al coronel del regimiento de Fernando VII que estaba á su lado exclamo con admiracion:

—Parece imposible!

Los realistas perdieron mas de trescientos hombres y tuvieron otros tantos heridos: entre los muertos se contaron tres tenientes coroneles.

En la capitulacion se estipuló que serian comprendidos en ella cuantos formaban la guarnicion del fuerte: que se les abonaria el sueldo correspondiente á sus grados; que los oficiales quedarian prisioneros bajo su palabra de honor y los extranjeros serian embarcados para los Estados Unidos en la primera ocasion, permitiéndose á los naturales retirarse á sus casas.

Apudaca no aprobó la capitulacion, pues su

sistema era en lo referente á Mina y sus tropas, guerra sin cuartel y Arredondo no era de lo mas escrupuloso en el cumplimiento de su palabra.

Entre el uno y el otro, el compromiso contraido por los realistas fué miserable y villanamente violado.

La guarnicion del fuerte no se componia solo de los defensores que sus muros habian abrigado; formaban parte de ella puesto que obedecian á Sardá los pequeños destacamentos de naturales con oficiales extranjeros, situados en la márgen del rio y en su barra. Arredondo pretendió que ni uno ni otro debian considerarse como parte de la guarnicion y una vez apoderado de ellos que formaban en junto veintiocho hombres, los hizo fusilar y llevando su salvaje crueldad al extremo de disparar sobre el teniente Hutchinson estando tendido en el suelo por no poder tenerse en pié á causa de las heridas que habia recidido.

Despues de haber obligado á los treinta y siete defensores del fuerte, á trabajar en destruir las fortificaciones y enterrar á los realistas muertos, se les condujo en cuerda á Altamira y de allí por la Huasteca á Pachuca, y encerrados en Veracruz en el castillo de San Juan de Ulúa, en un galeron que desde entonces recibió el nombre de galeron de Mina.

En Ulúase les pusieron grillos, sujetando dos

hombres en cada barra; se les dejó en el mayor abandono, casi desnudos y mortificados por un hambre tal, que, segun Bustamante, detenido entonces en Ulúa, devoraban como perros la carne cruda disputándose la entre sí.

El mismo dice que cierto dia llamó su atencion un hombre engrillado, alto y rodeado de centinelas; su personal era imponente y conservaba en dignidad en medio de aquel estado de humillacion: por la ventanilla de su calabozo le desprendió una torta de pan, la tomó, la acercó al pecho y le dirigió una mirada de gratitud.

Aquel desventurado, era el mayor don José Sardá.

Otro historiador, parcial de los españoles, dice:

“Los prisioneros encadenados de dos en dos, encerrados en los calabozos de Ulúa, sin sacarlos mas que á tomar el sol algunos ratos, sufrieron todas las miserias del hambre y de la desnudez, y fueron por fin conducidos á España, en donde por consulta del consejo de guerra, se les distribuyó de cuatro en cuatro en diversos presidios, recomendando á los comandantes *que fuesen tratados con el mayor rigor, hasta que por pruebas indudables, se hiciesen dignos de la clemencia del rey.* Estas palabras están tomadas de la real orden dirigida al gobernador de Cádiz por Eguía, ministro de la guerra,

El doctor don Servando Mier, que habíase embarcado en Lóndres con Mina y formado parte de su expedición, fué hecho también prisionero en el fuerte de Soto la Marina. Pusiéronle grillos y montáronle en una mula, de la cual cayó en el camino, rompiéndose un brazo. En Pachuca le separaron de la cuerda de los demás presos, y le condujeron á México, encerrándole en la inquisición, con tal secreto que nadie supo su llegada ni que se encontraba en ella.

Cuentan, que llamado á una audiencia del tribunal, el inquisidor Tirado le mandó que dijese el Padre Nuestro.

—"Eso se les pregunta á los muchachos,—contestó el P. Mier,—yo soy doctor en Teología.

Concluyendo con todas las noticias referentes á los individuos que tuvieron que ver el drama de Soto la Marina, diré que á los infelices prisioneros les fué de suma utilidad y les prestó grandes servicios suma francesa llamada Madama Lamar, que en los Estados Unidos se había agregado á la expedición de Mina, deseosa de recorrer la Nueva España, como había ya recorrido Colombia, donde aprendió el español.

Prisionera también, se la destinó al servicio del hospital de Veracruz: en la primera oportunidad que se le presentó salió escapada del puerto; No conociendo el país pronto fué denunciada, y

aprehendida de nuevo se la puso al cuidado y bajo la inmediata vigilancia de una familia de Jalapa.

La mujer mexicana, que con riesgo de su vida y desprecio de él, se había lanzado á procurar agua con que aliviar la sed de los soldados del fuerte, murió defendiéndose como una león, en uno de los tres asaltos que tan heroicamente rechazó el valiente y desventurado español don José Sardá.

XI

Al partir el miércoles 11 de Noviembre de 1817, en que Mina fué fusilado, todos los esfuerzos de Liñan se consagraron á conseguir la toma ó rendición del fuerte de los Remedios, que con sus insurgentes defendía el P. Torres.

D. Carlos Bustamante, que, como varias veces he dicho, fué en sus escritos tan apasionado en contra de los españoles como en favor de los insurgentes, dice del P. Torres:

"Su memoria formará una sombra en la historia de la revolucion mexicana.

"Era originario de Cucupan, y habiendo seguido la carrera eclesiástica, se le confirió una coadjutoría de Pénjamo á pesar de su rudeza en sus estudios y deberes sacerdotales.

"Empezó á figurar en la revolucion despues de

la muerte de Albino García, á quien siempre tuvo gran respeto.

"En todo el tiempo que medió hasta el establecimiento de la Junta de Janjilla, no supo aprovecharse de ninguna de las ventajas que le proporcionaba el terreno en que hacia la guerra.

"Indócil por estupidez, no quiso ajustarse á las máximas de moderacion de aquella Junta, entre cuyas miembros no faltó, sin embargo, quien lisonjeara sus pasiones y extravagancias.

"La fortuna le hizo muchos favores, pero no supo aprovechar ninguno.

"Franqueando á Mina sus fuerzas y poniéndolo á su disposición los recursos que entonces tenía, hubiera hecho un señalado servicio á la causa de la libertad, siendo partícipe en la gloria de aquel jefe, pero sus palabras no fueron conformes con sus obras, principalmente desde que Mina comenzó á sufrir algunos reveses.

"La elevacion de Torres desencadenó sus pasiones: trató á los hombres como esclavos y sacrificó á no pocos, con crueldad nada comun."

Tal era el hombre á cuyo cargo estaba el mando en jefe del fuerte de los Remedios, nombre que él mismo le puso, aun cuando bien pudiera haberle conservado el de San Gregorio, que lo era del cerro donde se levantaba el fuerte.

En honor de la verdad, la localidad no pudo ser mejor elejida.

En medio de la rica y fértil campiña de Pénjamo, en la provincia de Guanajuato, alzanse como gigantesca arruga, una sucesion de escabrosas alturas que, cercadas de pricipicios y barrancas de mucha profundidad y grande anchura, revelan las enormes conmociones volcánicas que en lejanos dias levantaron las empinadas crestas de la Sierra Gorda y de la de Guanajuato, tan célebre por sus famosos é inagotables minerales.

De aquellas alturas, son parte las de San Gregorio, cuyo punto mas alto nombrado el Tepeyac, venia á ser la llave de la posicion por lo que Torres levató en él un baluarte.

El espacio fortificado abrazaba una circunferencia de mas de dos mil varas, perfectamente defendido por la naturaleza y por los baluartes, fortines y parapetos levantados por los insurgentes: á estos no podia faltarles el agua pues ademas de varios pozos que la daban buena, al pié de los muros corria un impetuoso arroyo y de él tomaban cuanta querian por medio de un malacate que funcionaba de un modo perfecto.

El fuerte de los Remedios solo podia ser dominado por el cerro del Bellaco, pero tan áspera y difícil era la subida, que Torres no le dió impor-

tancia, suponiendo seria imposible que los realistas subieran á él su artillería.

No obstante, el 1.º de Setiembre, Liñan situó una batería en aquel cerro y con ella rompió el fuego contra el fuerte de Tepeyac. El mismo cerro del Bellaco fué el lugar designado por Liñan para el fusilamiento de Mina, y en él se dió sepultura á su cadáver.

No es mi ánimo referir las peripecias de aquel sitio que sostuvieron con denuedo el famoso don Manuel Muñiz, y varios oficiales extranjeros pertenecientes á la expedicion Mina, contra un ejército de mas de seis mil hombres que mandaba Liñan.

El 16 de Setiembre los sitiadores intentaron el asalto del Tepeyac, pero hubieron de retirarse sin lograr su objeto y lamentando una gran pérdida de hombres: igual desgraciado éxito tuvo el asalto de un baluarte llamado de Santa Rosalía, apesar de que en él habian abierto una brecha muy regular los cañones realistas desde las alturas denominadas del Tígre. Tan grave era el daño que de estas recibian los sitiados, que concibieron el proyecto de tomarlas como lo intentaron los capitanes Croker y Ramsey con doscientos cincuenta hombres, y el teniente Wolfe con cincuenta. Elijieron para esto una noche, y tomaron tales precauciones, que sin ser